



UNA MULTITUD ME HABLA EN SILENCIO

Luis Fernando Macías Zuluaga*

.....

Era la mañana de un miércoles o jueves de 1967. No llovía, pero sé que era una mañana fresca. En ese tiempo los días de verano eran frescos en las colinas altas del valle. Alguien llegó hasta el salón. Don Bernardo, que era un muchacho recién egresado de la normal de varones, suspendió la clase por un instante para atenderlo, después entró de nuevo y nos llamó a Cardona y a mí. Nos llevaron hasta la puerta de la escuela, donde había una fila en torno a un bus que estaba parqueado afuera, frente al parque de La Milagrosa. A esa clase de buses los llamábamos *neveras*, por la forma de sus carrocerías. Este era de color azul.

Una muchacha morena, nariz de poma y labios gruesos, atendía desde la puerta del bus. Nosotros íbamos subiendo en grupos de cuatro. Quienes habían entrado, salían después con libros en las manos. Muy poco había tratado yo con libros hasta entonces: conocía bien el libro de *Coquito*, por él me había iniciado en el sueño de un perro San Bernardo como el que -en la portada- cuidaba del niño lector, y había releído *las aventuras del pollito mentiroso* del libro *La alegría de leer*; pero nada más. Estaba en esa fila en torno al bibliobus sólo porque me habían escogido. Tal vez no tenía ninguna expectativa en particular, pero cuando nos vimos en el interior, algo sucedió en la atmósfera de la biblioteca móvil o algo produjo esta atmósfera en mi ánimo, hasta el punto de partir mi vida en dos.

Una antigua creencia de los creadores de fantasías suele escoger un instante y un suceso baladíes, asociados a una atmósfera particular, como los elementos propios para el tránsito de la vida común al reino de la magia, al mundo de lo inexplicable por la razón humana. Algo así les sucedió a seres tan disímiles como Odiseo y Alicia, como Simbad el marino y Bastián Baltazar Bux. Es muy posible que, mirado desde

* Profesor de Lingüística y Literatura. Facultad de Comunicaciones Universidad de Antioquia y actual director de la Revista Universidad de Antioquia.



otros puntos de vista, se trate de una enfermedad, explicada por la pérdida del uso de la razón, la cual es sustituida por la creencia desmesurada en la intuición o en la fantasía. El sujeto a quien le sucede, pierde la noción habitual del tiempo, tan claramente explicada por Heráclito -el oscuro- desde la antigüedad como un río que fluye, y el espacio se llena de colores en torno suyo, pero sólo ante sus ojos. Desde entonces, para él todo suceso es maravilloso y no hay nada insignificante en este mundo de la existencia, al que ve a través del prisma de lo fantástico o sentimental.

En mi caso particular, sentí que estaba rodeado por una multitud que me hablaba en silencio, cuyas palabras congeladas tenían la facultad de decirlo todo, siempre y cuando mis ojos fueran hacia ellas para reanimarlas durante el instante de una conversación, que ellas aprovecharían para entrar en mi memoria y, desde allí, transformarlo todo en mí.

La mujer que atendía, nos explicó que se trataba de un servicio especial de la Biblioteca Pública Piloto a la comunidad, por medio del cual nos brindarían la posibilidad de prestar un libro cada semana. En consecuencia, deberíamos escoger el primero de ellos y llenar los datos personales en el formulario de inscripción.

Busqué en los estantes, inmerso en la intuición de que entraba en un laberinto de múltiples dimensiones, cuyos corredores eran senderos o direcciones del tiempo donde, desde todos los lugares, venía una multitud de voces y ecos de voces que me hablaban en silencio o me hablarían, porque no llegaba el sentido de sus discursos sino la masa amorfa de su imagen acústica como una promesa futura. Digo ahora que a mi búsqueda la obsedía ese sueño o esa intuición porque no sé si realmente lo sentía en ese momento o si ha sido una fantasía que se ha ido fraguando a partir del instante en que un libro de gran formato y pasta dura, con sobrecubierta azul, se hizo el más visible entre la multitud y su voz surgió clara en la masa de silencio: *Libro de los viajes de Marco Polo*, ilustrado por un caballero montado en su cabalgadura blanca con traje medieval, cabalgando en una pradera ubicua.

Tomé el volumen y me lo llevé a casa, pero ni siquiera lo abrí durante los ocho días. En el recreo del miércoles siguiente, como no lo había leído, quise renovar el préstamo, pero tampoco en los ocho días siguientes lo leí. Tal vez el solo título me lo dijo todo, tal vez el caballero blanco de la pasta me fue suficiente porque entregué el libro sin leerlo como no lo he leído en los treinta años siguientes. En su lugar sentí



el llamado de otro volumen titulado *Anakarenina*, del que leí unas cuantas páginas: recuerdo la escena ocurrida en un salón de la Rusia tolstiana en que se dice: «Anakarenina se ruborizó al verlo entrar», por la fascinación que me produjo el término: **ruborizó**. En el momento de leerla desconocía su significado, era la primera vez que me llegaba su cadena de sonidos, pero resonó de tal modo en mi alma que me vi obligado a consultarla y, cuando supe que se trataba del tinte rosa que ponía el amor limpio en los rostros, supe también que mi destino eran los libros: el amor duro, sabio, múltiple y generoso de los libros.

